

CRISTO ha muerto.

Ha muerto en =
la cruz como =
los hombres han
querido, como =
ha escogido el
Padre y como el
Hijo aceptó. La
agonía ha termi-
nado y los judíos están satisfechos. Ha
expiado hasta lo último y ha muerto. Ah
ra comienza nuestra expiación.

Cristo ha muerto y su cuerpo agujereado sigue pendiente de una cruz invisible plantada en medio de la tierra. Bajo esa cruz gigantesca, goteando sangre todavía, van a llorar los crucificados en el alma, y todos los tirones de los Judas no han podido desarraigarla.

Pero los escarnecedores no han muerto, su estirpe es longeva. Los biznietos de Caín y Caifás no han cesado de infamarse ni de burlarse. La locura de la cruz es un escándalo demasiado fuerte para su prudencia. También Jesús, como la serpiente del jardín, pero con fin opuesto, ha dicho a los hombres: Sed semejantes a Dios. Pero muchos de los hombres no han querido obedecerle. Dios está muy alto y el fango tiene dulzuras. Al gusano envuelto en la sociedad del ciego le es menester harto trabajo para trocarse en santo y aproximarse a aquella perfección que es la única felicidad.

Religión

digna de ser buscada, -
la única que -
no desilusiona.
Y han rechazado lo que
Cristo había ofrecido con

toda su sangre implorante. Y por no oír su voz, que llamaba a una empresa harto difícil, han intentado ahogarla en la cruz. Han tenido terror de perder sus bienes de piedra, de metal y de papel, y no han creído en los infinitos bienes que en cambio prometía. Y por esa negativa y ese temor han clavado a Cristo en la cruz, donde ha muerto aquel día, en lo alto de la Calavera, clamando en la oscuridad. Y cada vez que uno de nosotros no responde a su grito, da un nuevo golpe en los clavos que le sujetaron hace tantos siglos a la indestructible cruz.

Le hemos rechazado por demasiado puro para nosotros; le hemos condenado a muerte porque era la codenación de nuestra vida. El mismo lo dijo en aquellos días: "Estuve en el mundo y en carne me revelé a ellos, y a todos los hallé ebrios y a ninguno en su sano juicio, y mi alma sufre por los hijos de los hombres porque son ciegos en su corazón." Todas las generaciones son semejantes a la que le crucificó y en cualquier forma que viniese le rechazan los más. "Semejantes -dijo- a esos muchachos que andan por las plazas y gritan a sus compañeros: Hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos entonado cantos lúgubres y no habéis llorado". Así hemos hecho nosotros durante casi sesenta generaciones.

Semana Santa. La Pasión de Cristo se renueva y en las calles de España la puntiaguda silueta de cofrades y penitentes escolta la plasmación de dolor divino en el arte de nuestra imaginaria. Brota en el ambiente la catolicidad de nuestro pueblo, hecha oración y propósito. Ella es la que sirve, aunque se le agarren al faldón del hábito ascético todas las secuelas del tipismo. Ella es la que ha de valer en el hincio y en el rezo, en el silencio y en el profundo duelo de los corazones. Semana Santa. He aquí, de nuevo llegada la hora de la meditación, de la enmienda, de la penitencia. Para todos, la sangre derramada por nuestros pecados viene lavando cupas y clamando por una vida más cristiana, por una fe con obras. Las tablas que el Padre entregó a Moisés en el Sinaí nos marcan el camino. El Verbo del Hijo y su muerte en la cruz se nos muestran conduciéndonos por Él. Pidamos a Cristo por España y por el mundo, por nuestros amigos y enemigos, por nosotros y por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos.



ciéndonos por Él. Pidamos a Cristo por España y por el mundo, por nuestros amigos y enemigos, por nosotros y por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos.